

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO II. }

MÉXICO, JULIO 1º DE 1872.

{ NUM. 17.

LAS MADRES DE FAMILIA.

LA AUTORIDAD PERDIDA.

[Continúa.]

Entre tanto se disminuían los recursos, y empezaba á sentirse la necesidad. La mas rigurosa economía, y aun las mismas privaciones, no podían preservar ni á la madre ni á la hija de una situacion que cada dia se hacia mas penosa. Madama de Saluze, que era de buenos padres, y de una delicadeza escrupulosa, no podia resolverse á tomar prestado lo que necesitaba para vivir, aunque sufría muchísimo en ver á su hija reducida á las mas duras privaciones: no descansaba hasta encontrar para Batilde alguna ocupacion que fuese análoga á su gusto y á su carácter; se lo encargó é interés á muchas personas distinguidas que habia conocido anteriormente; al fin, despues de muchos pasos y averiguaciones la dijeron que un rico banquero de Paris, padre de una hija única, de edad de siete años, buscaba una aya á quien pudiese confiar aquella niña, objeto de su tierno afecto, única heredera de una gran fortuna, y por consecuencia, destinada á contraer matrimonio muy ventajoso. Madama de Sa-

luze le propuso á Batilde, porque su nacimiento, su instruccion y sus costumbres la hacian digna de un depósito tan sagrado: se aceptó la proposicion, y trataron de una entrevista que daba ventajas á Batilde, que por su aire modesto y su noble porte se llevó todos los aplausos, aun el de la mujer del banquero, que era imperiosa y muy etiquetera. Se fijó el honorario del aya en mil dociientos francos, sin contar los regalos de costumbre, y la ofrecieron un cuarto separado donde habitaria sola con su discípula. « Pero yo exijo, señorita, añadió la madre de la niña, que componga usted misma su cuarto, y « le ayude á mi hija á hacer lo mismo en el suyo; deseo sobre todo, que la acostumbre usted al « cuidado de la casa, y la enseñe que el verdadero « modo de mandar bien á sus criados algun dia, es « empezando á servirse á sí misma. » Batilde nada respondió á aquel deseo imperioso; pero un movimiento de alteracion que se reflejó en su semblante, dió claramente á entender que estaba lejos de suscribir á él. « Yo, dijo á su madre cuando ya estaban « de vuelta en su casa, ¿yo consentiria el hacer el vil « oficio de una criada?—Pero, hija mia, no hay ser- « vidumbre cuando tu discípula ha de hacer lo mismo que tú.—No, no me dejaré envilecer por un poco de dinero; no quiero ser la criada de una niña

« que me debe respetar y obedecer.—¿Pues acaso es « vileza el habituar á tu discípula á que haga todas « sus cosas? ¡Ojalá! hija mia, que yo hubiera hecho lo « mismo que tú vituperas en esa señora digna de es- « timacion. Hablas de ser criada: ¿acaso no soy yo « la tuya? » Al oír esto Batilde se avergonzó, y bajó los ojos; pero volviendo á tomar muy pronto el dominio que tenia sobre su madre, la manifestó que á pesar de todas las ventajas que le ofrecia la educacion que la proponian, no queria confundirse con los criados, ni encerrarse en un cuarto como indigna de presentarse en la sala: no queria hacer la cama, ni barrer el cuarto de la niña que le habian de confiar. « Prefiero, añadió, destinándome á la « instruccion, entrar como segunda maestra en una « de esas casas de educacion, en donde se encuentra « continuamente una compensacion recíproca de « consideraciones y servicios; en donde no hay que « sufrir el orgullo de las clases elevadas y de la opulencia; en donde todo está sujeto al nivel de la « igualdad. Es verdad que es una suerte menos ventajosa; ¿pero qué importa lo supérfluo cuando puede uno conservar lo que vale mas todavía, que es « la dignidad personal? » Batilde logró proporcionarse muy pronto el empleo que deseaba. Entró en calidad de ayudanta en una de las pensiones mas afa-

madas de Paris; y como su madre tenia lo bastante para sí, ella se contentó con el corto honorario que la daban, y fué por algun tiempo perfectamente feliz. Sin embargo, tuvo que conformarse con la voluntad de la mujer de mérito que tenia la casa de educacion; tuvo que sujetarse á los diversos sistemas de los maestros, estudiar el carácter de las educandas, y sufrir una esclavitud casi continua; pero esta carga, por pesada que fuese, lo era tambien para las otras ayudantas, y así no le pareció á Batilde insoportable: consiguió, aunque con esfuerzos, domar su caprichoso humor, sujetar sus gustos y sus hábitos á las reglas austeras de la casa; por último, se la vió humillarse á la autoridad de muchas personas cuando jamas habia respetado la de su madre. ¡Estraña ceguedad, contradiccion inesplicable, que nos inclina á hacer con los estraños lo que rehusamos con los padres!

Con todo, la naturaleza no pierde nunca sus derechos, y Batilde, bajo el exterior de la satisfaccion, ocultaba el pesar que sentia de verse separada de su madre. Recordaba en su imaginacion el esmero y cariño con que se habia criado en su infancia, y entonces salia muchas veces de su pecho un suspiro filial. Por fortuna sus ocupaciones se sucedian con tanta rapidez, y las obligaciones, que cumplia con exactitud, la dejaban tan pocos instantes libres, que apenas tenia tiempo de reflexionar sobre su nuevo destino. Muy pronto halló una distraccion á sus pesares, y vió brillar á sus ojos un porvenir mas dichoso, concibiendo la esperanza de una independencia, la cual no podia prometerse por sus laboriosas ocupaciones. Entre los maestros que contribuian con sus talentos y sus lecciones á la instruccion de las jóvenes pensionistas, el que las enseñaba la lengua italiana habia notado el aire noble y decente, la expresion y modales graciosos de la señorita de Saluze, y buscó la ocasion de declararle los sentimientos que le inspiraba, proponiéndola unir su suerte y formar una pension que ellos dirijirian á su gusto, utilizándose de sus productos. Esta idea agradó mucho á la ardiente imaginacion de Batilde: el partido que se la presentaba era el de un sujeto de una familia honrada de Italia que se habia visto precisado como ella, por la desgracia, á seguir la penosa carrera de la instruccion. Era el traductor apreciable de Alfieri, de Casti y de otros muchos poetas italianos, joven fogoso y animado de una noble ambicion; en una palabra, reunia todas las ventajas, y amaba con idolatría.

(Continuará.)

LA TUMBA DEL EGOISTA.

El egoista es un sér que vino al mundo, no como todos, para llenar una mision, sino para mostrarnos el triste ejemplo que nos presentaria una paloma, que abandonando el oasis en que naciera, se alejara á buscar el desierto. Bien pronto sentiríase fatigada, buscaría una palmera en que posarse, y sus piés solo hallarian la abrasadora arena. Querria beber, y ni un arroyo, ni una fuente, reanimaria su esperanza. Anhelaria la brisa de la tarde, y el simoun la arrebataria sin piedad sobre sus alas abrasadas.

«Yo primero,» es el lema del egoista. Triste lema; pero harto caro paga su culpable indiferencia. A su paso, suspenden su curso los arroyos; es indigno de escuchar su murmurio; la rosa se inclina sobre su tallo, él no debe aspirar su perfume; la sensitiva cierra su cáliz, no es capaz de apreciar su delicada belleza.

Su juventud es un estrecho sendero cubierto de abrojos; no tiene la protectora sombra de los árboles. Las ilusiones, las emanaciones mas dulces del alma, jamas hallan abrigo en su pecho. No tiene patria, amigos, ni hogar. El mundo es un desierto para él. No tiene pasado, acaso tampoco tiene porvenir; el presente, su persona, sus intereses: hé aquí lo único que le preocupa.

Pasa la juventud y ve llegar la vejez, sin tener quien le ayude á soportar las penas que trae consigo. Llega la muerte, y al desprenderse de la tierra,

no hay quien le ayude á soportar sus dolores. El no alivió los dolores de sus hermanos. Pasó sonriendo junto á los que lloraban, y no enjugó su llanto. Ahora llora él y nadie recoje sus lágrimas. Se desprende por fin de la tierra. ¿Hay alguien que dedique una oracion á su memoria?

¡Qué triste es el sepulcro del egoista! Jamas llega una lágrima á humedecer aquella losa. La siempreviva no crece allí, el myosotis no encuentra tampoco allí la sávia necesaria para nutrirse, y el sauce no se digna protegerla con su sombra.

México, Julio 9 de 1872.

A. L.

EL GAS Y EL SOL.

(FABULA.)

En la esquina de mi casa
Han colocado un faro',
Que alumbra toda la calle
Con su límpido esplendor.
El sereno, por descuido
Muy temprano lo encendió,
Y el gas, sentido de verse
Eclipsado por el sol,
Le dijo:—«Todos te llaman
El rey de la creacion;
Mas cuando en breve te ocultes,
Me verán deslumbrador.»
—Mis rayos el mundo llenan,
Con desden le contestó,

Y apenas tus rayos salen
De ese mezquino farol.
—¡Soy un invento del hombre
Que produce admiracion!
—¿Y te comparas conmigo?
¡Yo soy hechura de Dios!
—Eres grande y yo pequeño;
Mas creciendo en proporcion,
Tambien alumbrara el mundo
Con mi inmenso quemador.»

El sereno que pasaba,
Este diálogo escuchó,
Y un tubo tremendo puso
En el sitio del farol.
Al ver asomar la aurora,
Muy ufano lo encendió;
Pero se esparce la niebla
Y sale deslumbrador
El astro de la mañana
Que al pobre gas eclipsó,
El cual dijo avergonzado
Con tono de conviccion:
—«Me hicieron para la noche
Como suplente del sol;
A mi vanidad castiga
Esta severa leccion;
Sigo alumbrando la calle
Escondido en mi farol.»

*No abrigues el loco empeño
De torcer á la razon,
Que el hombre luchar no puede
Con los decretos de Dios.*

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



XIX

Ya en esto, echa de ver Elena que el *Sancho* va haciéndose estorbo y pesado; tiene que soltarle un poco para estirar los brazos. No, y la verdad es que el tal *Sancho* pesa mas viajando que en casa, lo cual es una mala partida, que la señorita Elena

le echa en cara con toda la vehemencia del cariño ofendido. Bien quisiera Fernando cargar con él; pero atenciones mas importantes se lo impiden: necesita tener los brazos desembarazados, para cualquier peligro que haya de sobrevenir.



XX

Siguen adelante nuestros intrépidos viajeros; mas á poco andar topan con un montecillo. En el acto, y con su penetracion habitual, conoce Fernando que aquello es un enorme hormiguero. Elena opina por pasar de largo; pero Fernando necesita estudiar de cerca las hormigas, porque para eso es viajero, y

con heróico atrevimiento hunde su báculo en aquella habitacion. En el acto, y como por encanto, un ejército de hormigas (de las que la mas chica era casi del tamaño de un frijol) hace una salida contra los sitiadores. Son tantas, tantas, que Fernando y Elena tienen que batirse en retirada.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Bajo grandes, eternas y venerables leyes, es como debemos llenar el círculo de nuestra vida.

Solo el hombre cumple lo imposible; distingue, juzga, elije. Puede hacer perdurable un momento.

Solo él recompensa el bien y castiga el mal; puede salvar, rescatar, mudar lo que es malo ó erróneo.

Dejad al hombre noble ser útil y bueno. Dejadle producir sin descanso lo que es útil y razonable, y formarnos un modelo del sér que deseamos.—*Goethe, (POEMA.)*

El hombre ha nacido para ser hombre, en la mas lata estension de la palabra.

El hombre se perfecciona á proporcion que se desarrolla en mayor número de direcciones.—*Autor del «Ensayo sobre los impulsos fundamentales de la razon.»*

Entre el hombre y el gusano que se arrastra lleno de imperfecciones sobre la tierra, y el ángel escelso, hay á la vez una relacion y una distancia. La divina razon del hombre, se escapa de la estrecha esfera de su vida. El hombre es siempre hombre, lleno de imperfecciones. Por la virtud se eleva á sí mismo de la oscuridad y degradacion, á la hermosura y el resplandor, y es inmortal despues de su corta existencia.—*Uz. (Poema.)*

¿A qué me ha destinado Dios al sacarme de la nada?

¿He nacido como un fugaz fantasma, con una vida transitoria, entre la cuna y la tumba, con un fin desconocido, ó para alcanzar algun Sér desconocido para mí, que se entretiene con mi risa y con mi llanto? ¿Deberé caer, desaparecer y morir para siempre como la flor del jardin ó como el insecto del dia?

Pero, ¿cómo podré unir estas ideas con la de la infinita perfeccion de Dios?

¿Por qué siento la firme conviccion de que soy el objeto de mí mismo?

¿Por qué pienso en fines tan altos que no podré alcanzar en esta breve vida, mientras otras criaturas no tienen otras cualidades que aquellas que les son necesarias para llenar su existencia terrenal?

Sí, el hombre es el alma; el cuerpo es el polvo; no es mas que la vestidura, el agente del alma durante su permanencia aquí para gozar de la tierra.

El cuerpo, el reino animal, que nos rodea por todas partes, cambia con un año. El alma se engrandece con sus conocimientos, y siente que es la misma desde que tuvo la conciencia de ello.

El cuerpo, se adhiere estrechamente á la tierra de donde nació; pero el alma no encuentra descanso en nada terrenal, y no se satisface con los objetos que obtiene, pues despues que ha alcanzado uno, aspira á un segundo, despues á un tercero, y así hasta el infinito.

Así, pues, el alma es una parte actual y permanente del hombre; lo invisible y lo eterno, es su vida. Su oríjen es divino, y tiende hácia lo divino.—*ISCHOKKE.*

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO II.

DEL ASEO.

ARTICULO V.

Del aseo para con los demas.

I

La benevolencia, el decoro, la dignidad personal y nuestra propia conciencia, nos obligan á guardar severamente las leyes del aseo, en todos aquellos actos que en alguna manera están ó pueden estar en relacion con los demas.

II

Debemos, pues, abstenernos de toda accion que directa ó indirectamente sea contraria á la limpieza que en sus personas, en sus vestidos y en su habitacion han de guardar aquellos con quienes tratamos, así como tambien de toda palabra, de toda alusion que pueda producir en ellos la sensacion del asco.

III

Jamas nos acerquemos tanto á la persona con quien hablamos, que llegue á percibir nuestro aliento; y séamos en esto muy cautos, pues muchas veces nos creemos á suficiente distancia del que nos oye, cuando realmente no lo estamos.

IV

Los que se ponen á silbar mientras combinan sus lances en el ajedrez y otros juegos de esta especie, se olvidan de que así cometen la grave incivilidad de arrojar su aliento sobre la persona que tienen por delante.

V

Cuando no estando solos, nos ocurra toser ó estornudar, apliquemos el pañuelo á la boca, á fin de impedir que se impregne de nuestro aliento el aire que aspiran las personas que nos rodean; y aun volvámonos siempre á un lado, pues de ninguna manera está admitido ejecutar estos actos con el frente hácia nadie.

VI

Evitemos, en cuanto nos sea posible, el sonarnos cuando estemos en sociedad; y llegado el caso en que no podamos prescindir de hacerlo, procuremos que la delicadeza de nuestros movimientos debilite un tanto en los demas, la sensacion desagradable que naturalmente han de experimentar.

VII

Siempre que por enfermedad nos véamos frecuentemente en la necesidad de sonarnos, escupir, etc., abstengámonos de concurrir á reuniones de etiqueta y aun de poca confianza, y evitemos recibir visitas de la misma naturaleza.

VIII

El acto amistoso de dar la mano al saludar, puede convertirse en una grave falta contra el aseo que debemos á los demas, si no observamos ciertos miramientos que á él están anexos, y de los cuales jamas prescinde el hombre delicado y culto.

IX

En general, siempre que nos vemos en el caso de dar la mano, se supone que hemos de tenerla perfectamente aseada, por ser este un acto de sociedad, y no sernos lícito presentarnos jamas delante de nadie sino en estado de limpieza. Mas puede suceder que alguna vez nuestras manos se hayan ensuciado por una causa imprevista, y antes de lavárnoslas nos encontremos con alguna persona á quien debamos aquella demostracion: en este caso, nos guardaremos de tomarle la mano, manifestándole cortestamente el motivo que nos priva de este placer

X

Cuando por causa de algun ejercicio violento, ó por la influencia del clima, ó bien por vicio de nuestra propia naturaleza nos encontremos traspirados, no alarguemos á nadie la mano sin enjuagarla antes disimuladamente con el pañuelo. Las personas que con sus manos humedecen las ajenas, sin duda no conciben cuán ingrata es la sensacion que producen.

XI

No basta que al dar nuestra mano estemos nosotros mismos persuadidos de su estado de limpieza: es necesario que los demas no tengan ningun motivo para sospechar siquiera que la tenemos desaseada. Así, cuando nos véamos en el caso de saludar á una persona que nos ha visto ántes ejecutar con las manos alguna operacion, despues de la cual pudiera suponerse que no le fuese agradable el tocarlas, omitiremos aquella demostracion, escusándonos de un modo delicado y discreto, aun cuando tengamos la seguridad de que nuestras manos se han conservado en perfecto aseo.

XII

Guardémonos de alargar nuestra mano á la persona á quien encontremos ejecutando con sus manos alguna operacion poco aseada, la cual, segun las reglas aquí establecidas, se halla en el deber de escusar esta demostracion.

XIII

Cuando al entrar de visita en una casa se penetra hasta el comedor, lo cual no está permitido sino mediando una íntima confianza, no debe darse la mano á otras personas de las que se hallen en la mesa que á los jefes de la familia; mas por lo mismo que estos no pueden escusar un acto que peca contra el aseo, por cuanto han de continuar comiendo sin lavarse las manos, evitemos en todo lo posible el visitar á nuestros amigos á tales horas.

[Continuará.]

ESOPO Y EL BORRICO.

(FABULA.)

Al buen Esopo díjole un borrico:
Por quien soy te suplico,
Si en algun cuentecillo me introduces,
Que pongas, como debes, en mi lábio
Singular discrecion, lenguaje sábio.—
Esopo respondió: Yo bien podría
Finjirte bestia de talento y luces;
Pero al ver tan solemne desatino,
Todo el mundo á una voz nos llamaria
El filósofo á tí, y á mí el pollino.

*Es alabar á un necio
Locura digna de comun desprecio.*

LOS DOS ORTOGRAFOS.

(FABULA.)

*Censurar es un oficio
Que en breve lo aprenderás;
Pero es fácil, en mi juicio,
Que des en el mismo vicio
Que adviertas en los demas.*

Poner *Visto Bueno* un día
Quiso el Alcalde Moreno,
Y lo hizo por vida mia;
Mas con tal ortografía,
Que puso así: «BISTO VUENO.»

Motejóle con razon
El Fiel de Fechos Panzurro;
Y escribió á continuacion
Del susodicho renglon:
«¡Ja, ja, ja! BALIENTE VURRO!»

CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

XII

LUIS, Ó EL NIÑO DIBUJADOR.

Había una vez un muchachito, llamado Luis, tan dócil y aplicado, que ya sabia leer á los cuatro años de su edad.

Era tambien Luis de tan buen corazon, que distribuía á los otros niños su almuerzo y su merienda, y él muchas veces comía el pan solamente.

Un dia Luis quitó sus zapatos nuevos, y los dió á un pobre niño que no tenia calzado. Su mamá le riñó, haciéndole conocer, que él no tenia cosa alguna de que pudiese disponer sin el permiso de sus padres: nunca jamas Luis recayó en la misma falta.

Este amable niño aprendia todo lo que se queria con la mayor facilidad, por cuya razon, á pesar de su tierna edad, su mamá le dió un maestro de dibujo.

Luis hizo en este arte los mas rápidos progresos; pronto formó por sí mismo bastante bien una cabeza, un árbol, una casa, etc.; el gusto comenzaba á pulir su trabajo.

Luis estimaba mucho á su mamá: animado por los elogios que continuamente recibia, se creyó capaz de copiar en secreto un retrato de su madre. Él queria darle este dibujo el dia de sus años; ¡qué alegría le causará! Penetrado de esta idea, que le dá nuevo ardor, Luis empieza desde el mismo dia á poner su proyecto en ejecucion.

Teníase la costumbre de enviar este niño en ciertas horas á jugar en un grande aposento, contiguo al cuarto de su madre. Este era precisamente el lugar donde estaba con todos sus juguetes el retrato de su madre.

Desde este momento Luis abandonó el juego: púsose delante del cuadro que representaba á su tierna madre, y se puso á dibujar las facciones queridas de aquella que le habia dado el ser: su mano iba dirigida por su corazon, y salió mejor de lo que esperaba; de suerte que por espacio de un mes entero el querido niño, animado por el acierto, sacrificó todos los dias una hora á esta ocupacion.

Nadie deja de pensar que el niño estaba descubierto: cierta vidriera, en la que Luis ni solamente habia pensado, le tenia engañado desde los primeros dias: una lijera cortina de linon permitia á cada uno contemplar al interesante pintorcito seriamente ocupado en imitar el grande cuadro que tenia delante de sus ojos. Podíase ya divisar la nariz, la boca, los ojos, y una parte del peinado; no hay duda que era el retrato de una mujer, y el corazon de Luis le decia que era el de su querida madre.

¡Esta dichosa madre tuvo el gusto de ver á su hijo enteramente ocupado en ella! ¡cuántos y cuántos besos le enviaria en el colmo de su gozo! ¡Qué placer seria para ella el estrecharle contra su seno! Pero eso seria estorbarle en su idea; y tal vez quitarle el precio de su trabajo; por lo que hizo lo posible para acallar su corazon, y permitir á Luis que acabase su retrato.

Despues de haber borrado, vuelto á comenzar, vuelto aún á borrar, y haberse fatigado estremadamente, el niño acabó su dibujo. Adornóle primorosamente con una orla de papel azul, y le colgó en el cuarto de su madre.

En este mismo dia habia muchas personas convidadas á comer: La mamá divisó el hermoso dibujo y fingió la sorpresa, á su exclamacion, todos acudieron para admirar la obra del jóven dibujador, y aparentaron encontrar la mayor semejanza; ¡el niño estaba fuera de sí de gozo!

El interesante muchacho pasó de los brazos de su madre á los de todas las personas de la sociedad, y todos le hicieron mil agasajos.

En el momento de ponerse á la mesa, Luis encontró bajo su servilleta un hermoso reloj de oro, cuya cifra era de cabellos de su madre. ¡Qué encanto fué para el niño este regalo! Hizo mil extremos de alegría.—Yo creí, querido mio, le dijo su madre, que llevarias con placer la cifra y los cabellos de tu ma-

má, porque ya conoces el precio de su amor, y tú le das una prueba tan sensible del tuyo.

Luis no respondió á su dulce madre, mas que besando mil veces la cifra de sus cabellos, y volando á sus brazos.

CARTA AL AUTOR DE UNA OBRA CONTRA LA PROVIDENCIA.

He leído con alguna atencion el manuscrito de vd. Por los argumentos que contiene contra una providencia particular, aun cuando reconoce una providencia general, vd. zapa los fundamentos de toda religion. En efecto, no creyendo en una providencia que conozca, proteja, guíe y pueda favorecer á los individuos, ya no existe motivo para adorar una Divinidad, para temer su descontento, y para implorar su proteccion. No entraré en discusion sobre los principios de vd., aun cuando vd. manifiesta desearlo. Por el momento me contentaré con decirle, que segun mi sentir, á pesar de la sutileza de sus racionios, y de su naturaleza para persuadir á los lectores, no logrará jamas llegar á mudar sobre este asunto la opinion del género humano; añadiré, además, que la publicacion de semejante escrito no tendrá otras consecuencias que hacerle odioso y perjudicarle sin que de ello resulte utilidad á nadie. El que escupe al cielo se escupe á la cara. Pero aun suponiendo que la cosa tenga los resultados que se promete, ¿qué bien cree vd. haber hecho? Segun vd., parece cosa fácil vivir virtuosamente sin necesidad de los auxilios de la religion, con tal de hallarse íntimamente convencido de las ventajas de la virtud, y de los perniciosos resultados del vicio; porque vd. posee una fuerza de resolucion que le pone en estado de resistir á las tentaciones del comun de los hombres. Sea en buen hora. Pero pare vd. la atencion en que una considerable porcion de la especie humana se compone de hombres y de mujeres ignorantes y débiles, de jóvenes de ambos sexos inconsiderados y sin esperiencia, y que todos tienen necesidad de los socorros de la religion para fortificarse contra el vicio, para fortalecerse en la virtud y para mantenerse en su práctica hasta que se haga una costumbre, que es el punto principal para que sea durable. Tal vez vd. mismo es deudor á su educacion religiosa de esa virtud de que justamente se vanagloria. Vd. podrá con facilidad desplegar su buen talento en racionios sobre otra materia menos espuesta, y de este modo colocarse en la línea de nuestros mas distinguidos autores. En nuestro país no es necesario, como sucede entre los Hotentotes, que para que un adolescente sea admitido en la sociedad de los hombres, pruebe su virilidad golpeando á su madre. Créame vd.; no desencadene el tigre; queme vd. su escrito antes que otras personas le vean, pues no le acarrearía mas que enemigos; haciéndolo así, se evitará grandes mortificaciones, y tal vez muchos pesares y arrepentimientos. Si los hombres son tan malos *siendo religiosos*, ¿qué serian, pues, *si no lo fuesen?* Me lisonjeo considerará vd. esta carta como una prueba de mi amistad; razon porque no agregaré ningun cumplimiento, y me repetiré sencillamente, todo suyo.

EL BORRICO Y EL GANSO.

(FABULA.)

De un pequeño raudal junto al remanso
Estaban discutiendo largamente
Cierta cuestion á entrambos pertinente,
Un Borrico y un Ganso.
Cuál de los dos en su charlar prolijo
Disparató mas sério, no se sabe;
Mas sí que al cabo la cuestion fué grave,
Puesto que el Ganso á su consorte dijo:
«Vamos! estás diciendo unas gansadas,
Que me marchó de aquí, porque me aburro.»
—«¿Pues y tú, Ganso? contestóle el Burro:
¿No me has dicho tambien mil borricadas?»—

*Esto sí que es peor, voto á mi suegra,
Que el Cazo á la Sarten llamarla negra.*